Año LV — Miércoles 4 de Agosto de 1915 — Núm. 16.668

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—Toda la correspondencia y paquetes, diríjanse al Administrador.—No se devuelven los originales.—Redacción, Isaac Peral 24.—Administración: General Aznar, núm. 10.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro—Corresponsales en París *Mr. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. Jhon F. Jones*, 31, Faubour Monmartre.—New York, *Mr. George B. Pike*, 21, Park Row.—Berlín, *Rudolf Mosse* Jerusalém Strasse, 46 y 49.

ESTAFETA PIADOSA

El Rey de España y la guerra

Mientras casi todos los demás jefes de Estado combinan planes de guerra y discurren medios de destrucción, el Rey de España dedica su actividad y entusiasmos á una amorosa misión caritativa, que hace de nuestro Soberano la figura más simpática de Europa.

Recordarán nuestros lectores que hace poco tiempo una infeliz mujer francesa había intentado por todos los medios conocer el paradero de su marido, desaparecido en uno de los primeros combates en aquel frente. El nombre del soldado no figuraba en las listas de muertos; entre los heridos de los hospitales no estaba tampoco.

Indudablemente debía hallarse prisionero en Alemania. Dirigió la mujer varias cartas por diversos conductos, hizo cuantas averiguaciones pudo, y nada consiguió... Al fin tuvo una idea, que puso inmediatamente en práctica; escribió una carta á don Alfonso XIII. exponiéndole su situación y su inquietud.

Y el Monarca español, por medio de nuestro embajador en Berlín, señor Polo de Bernabé, logró saber en qué campamento de concentración de prisioneros se encontraba el soldado francés. En seguida le comunicó la grata nueva á la angustiada esposa. Del agradecimiento de ésta á S. M. fueron testigos los periódicos de París, que dieron cuenta del hecho en frases muy halagadoras para nuestro Soberano.

Desde aquel momento, el Palacio Real de Madrid quedó convertido en una estafeta piadosa, que á veces lo es romántico, porque á ella llega la carta de una mujer enamorada que pregunta por el novio ausente.

Gran número de madres, hijas, esposas y hermanas de soldados acuden á nuestro Monarca, en solicitud de noticias sobre la situación de sus deudos.

Son las mujeres de distintas nacionalidades que viven angustiadas desde el mes de Agosto último, ignorando la suerte de seres tan queridos; son las niñas; que preguntan por qué no han vuelto sus padres; son también los padres ancianos, que temen por la vida de sus hijos, y que, á pesar de su pesimismo, conservan una esperanza.

El Rey de España, Soberano por su jerarquía, por su corazón magnánimo, por la nobleza de su aspíritu, por su piadosa galantería, atiende por igual á todas esas tristes mujeres, por todas ellas se interesa, y con el mismo afán recoge los angustiados latidos de aquellos corazones en constante zozobra.

Más de 7.000 peticiones de esa índole se han gestionado en un breve plazo de tiempo. Días hay en que se escriben en Palacio 500 cartas y se contestan otras tantas ofreciendo atender á la petición. Y si los solicitantes son franceses ó rusos, ó serbios, se traslada la demanda á nuestros embajadores en Berlín y Viena, que con gran entusiasmo secundan la humanitaria tarea que su majestad el Rey se ha impuesto. Si los solicitantes son de nacionalidad inglesa se pone la petición en conocimiento delembajador de los Estados Unidos, que tiene á su cargo la defensa de los intereses de los súbditos de Inglaterra, y así se les comunica á estos, haciendo fervientes votos por que las gestiones den el resultado apetecido.

Don Emilio María de Torres, con el conde de la Unión y otros oficiales de la secretaría del Monarca, llevan á cabo dirigidos por S. M. una ímproba labor, que cada día es más intensa.

En algunos casos la contestación es desconsoladora.

«Fulano de Tal falleció en el campamento de Tal, á consecuencia de las heridas sufridas. Fué enterrado en el cementerio, el día tantos de tantos».

O bien simplemente:

«Ha muerto».

Otras veces un telegrama lleva la alegría á un hogar, porque cuando la noticia es satisfactoria don don Alfonso no quiere retardarla y emplea el telégrafo para trasmitirla.

Los que acuden en mayor número á su majestad son los franceses y los rusos. Ello se explica por el hecho de haberse quedado los embajadores de España en Berlín y Viena con la representación de los intereses de unos y otros en ambos Imperios.

Aparte de esta tarea, los señores Polo de Bernabé y Castro Casaléiz están realizando otra no menos humanitaria, como es la de procurar á los prisioneros fordos que les envían de Francia ó Rusia.

Sólo para los moscovitas concentrados en Alemania pasan mensualmente por las manos de nuestros representantes en Berlín, un millón de rublos.

Casi la totalidad de los desaparecidos cuyo paradero se inquiere pertenecen á los primeros días de las campañas, ó sea cuando ocurrieron los más encarnizados combates en campo abierto.

En Francia, la gratitud personal hacia nuestro Rey se pone continuamente de manifiesto. No ha mucho ha aparecido en todos los diarios un suelto con estas titulares:

«Gracias al Rey de España, una girondina encuentra á su marido».

Y relata en efecto, el hecho, ya conocido de nuestros lectores, y dan cuenta de la alegría sin límites de la infeliz mujer.

Este y otros sueltos parecidos son recortados por madres infortunadas, por amantes, hermanas y son enviadas á Madrid.

«¡Si yo tuviera la misma suerte! —dicen—¡Si yo volviera á verlo!...»

En todas esas cartas escritas con intensa emoción, palpitan las mismas súplicas, los mismos anhelos. Para todas esas familias desventuradas es el Rey de España, en la hora presente, la esperanza suprema.

Mientras en los pechos de muchas madres, de muchas novias, de muchas hermanas palpita un sentimiento de rencor hacia los que llevaron á los pueblos á la guerra, caen sobre nuestro Monarca las bendiciones de esas víctimas olvidadas de la tragedia mundial.

Un incendio

Madrid 4-9 m.

Telegrafían de Las Palmas, que se ha declarado un formidable incendio en el Parque de Administración Militar.

A pesar de que se acudió rápidamente al lugar del siniestro con elementos para la extinción, á las siete de la tarde el fuego adquiría gran pujanza sin que se consiguiera dominarlo.

Intervienen en los trabajos de extinción militares y paisanos, rivalizando en actividad.

Las pérdidas materiales son enormes.

Han acudido las autoridades, adoptando precauciones para evitar desgracias.

El siniestro es presenciado por numeroso gentío.

Cuando los hombres quieren

Ha bastado el proyecto decidido del Excmo. Sr. Duque de Tovar, para que Cartagena que estaba anémica, sin vida, sin alegría y sin ese movimiento natural en la época de feria y baños, ha bastado, repetimos, la decisión del Duque, para que nuestra ciudad resurja del letargo en que se encontraba y se presente hoy con la animación propia que siempre lleva la celebración de nuestra fiesta nacional.

Cartagena hoy, con la anunciada corrida extraordinaria que mañana tarde ha de celebrarse en nuestra plaza, se ve visitada por gran número de forasteros, en los cafés, en las calles y muy especialmente en el muelle y los balnearios, la animación es extraordinaria y con esta llegada de aficionados á las corridas de toros, llegan también las pesetas que circulan por todas partes y que tanto escasean en los presentes tiempos.

Basta que los hombres quieran, para que las poblaciones resurjan á su vida, para que salga del estado de indiferencia en que se encuentran, por apatías de unos y mala fé de otros.

La alegría reina por todas partes, los comercios se ven animadísimos, los diestros pasean por nuestras calles, las mujeres preparan sus elegantes toilettes para la fiesta de mañana, y después de la plaza al muelle, donde el desfile será tan hermoso como de costumbre, después al Club de Regatas, al café, y un día de vida es vida.

Basta que los hombres quieran.

De Sociedad

Con toda felicidad ha dado á luz un robusto niño la esposa de nuestro amigo el teniente de navío don Joaquín Alfonso Luna.

Nuestra enhorabuena.

—Con motivo de la enfermedad que sufre su señor padre don Felipe Orejón, ha llegado á esta el notable compositor de música y profesor de piano don Felipe.

—Después de haber permanecido en esta unos días, ha marchado á Murcia el notable letrado don Dionisio Sierra.

—Ha marchado á la Corte el diputado por esta circunscripción don Angel Moreno.

—Se encuentra enfermo de alguna gravedad, nuestro amigo don Felipe Orejón.

Deseamos que el paciente obtenga en breve una franca mejoría.

La última canción

Entre los cipreses
de aquel cementerio,
que es alegre y triste,
que es todo un misterio,
camino, pensando:
¡pobre «Pornarina»,
que fuiste un ensueño
de mujer divina!;
¡pobre muchachuela,
que en años gentiles
eras el encanto
de nuestros madriles!
Contigo se fueron
tus dulces canciones,
y contigo acaso
nuestros corazones.
Tú eras un pedazo
del hermoso cielo
que á Madrid cobija;
tú eres su... Consuelo.
La lavanderilla
que llegó á princesa,
la de la mirada
pujante y traviesa.
. . . . . .
El sol ilumina
tu asilo postrero,
y un aire muy suave
y apenas ligero,
va de rama en rama
llamando á las flores
haciendo que exhalen
sus gratos olores
como testimonio
de que allí reposa
la reina de todas,
la flor más hermosa.
Y de aquel silencio,
como una oración,
surgen unas notas...
«La última canción».

José Oliva Cervera.

La apertura de Tribunales

Madrid 4-9 m.

El ministro de Gracia y Justicia, Sr. Burgos, ha resuelto no salir de veraneo este año.

Se propone dedicar el veraneo á preparar el discurso de apertura de Tribunales.

Actualidades

En un artículo que escribe el periódico inglés «The Times», dice:

«El primer deber de los aliados del Oeste, que están observando la campaña de Rusia con tan intensa ansiedad, es el de expresar su gratitud y admiración por la magnífica resistencia que ofrece el ejército ruso.»

Si llegan estas líneas á mano del gran duque Nicolás sentirá una satisfacción vivísima.

¡Así da gusto tener amigos! Ellos los del Oeste, no ayudarán á los rusos, pero los admiran y les agradecen una barbaridad que sigan replegándose.

Y luego dirán que no es una ventajilla ser aliados de Inglaterra y Francia.

—

No me resisto á seguir comentando tan notabilísimo artículo.

«El conflicto—sigue escribiendo el diario inglés—está ahora desequilibrado; pero mientras tanto, nos importa á todos examinar muy detenidamente lo que la actual situación significa, tanto para nosotros como para Rusia.»

No, señores míos; no deben ustedes perder tiempo en *examinar* nada. Lo que los rusos necesitan es ayuda y *no exámenes*.

Eso es igual que si uno se estuviera ahogando y el que fuera á salvarlo se dedicara á estudiar «detenidamente» la situación antes de tirarse al agua.

—

Pues luego enseña el periódico la orejita, y dice:

«La caída de Varsovia y de las plazas unidas á ella, tendría una gran significación, tanto para el Oeste como para Rusia.»

¡Ahí duele, compadre!

Como que el día que los alemanes dejen en paz á los rusos se os ha terminado á vosotros la tranquilidad.

La verdad: es una lástima que á ingleses y franceses les turben este verano apacible y tranquilo que están pasando.

—

Nuestros francófilos, curándose en salud, comienzan á decir que la caída de Varsovia no tiene importancia y que sólo se trata de un accidente más de la campaña.

Pues á esos opinantes les brindamos este otro párrafito del «Times».

«Hablar de Varsovia, como se ha hecho en algunas partes, como de un mero peón en esta formidable lucha, no es más que engañar al pueblo.»

Los ingleses opinan así; pero nuestros francófilos opinan lo contrario.

Por algo son más papistas que el Papa.

—

Dice un telegrama de París que sobre Gante voló un avión francés arrojando varias bombas.

«Una de ellas —dice— destruyó una fábrica; y otra cayó cerca de un submarino que se hallaba en el Escalda.»

No dice el parte lo que ocurrió al submarino en este ataque; pero seguramente quedó «escaldado».

—

Desde que esa tontería de señor que se llama Jacinto Benavente se ha dedicado á zarandear á ciertos intelectuales francófilos, y se ha declarado admirador de Alemania, no le dejamos ya hueso sano.

En «España», esa revista escrita por superhombres archintelectuales, dicen que don Jacinto es un *pigmeillo*, y que el día que cambie la faz del mundo y se revisen ciertos *valores*, nos convenceremos de que la obra literaria de Benavente ha sido sencillamente vulgar.

¡Todo sea por Dios!

El día que nos convenzamos de que Benavente tiene la cabeza vacía, ¿qué vá á quedar de España y de «España»?

Ch.

un bulldog. Dirigió al detective una mirada escrutadora é hizo una mueca al ver el estado de embriaguez en que fingía encontrarse.

En la casa sabían perfectamente lo que debían hacer con los borrachos.

A Nick no le invitaron á que entrase en el salón principal, donde se recibía de ordinario á los consultantes, sino á un reducido aposento que daba á un patio interior.

Allí le dejó el gigante negro, diciéndole con voz hosca, que, dentro de breves instantes, acudiría el dueño de la casa.

La habitación se hallaba tapizada de un paño rojo de inferior calidad, con adornos dorados todavía más sencillos. Los mismos colores rojo y oro se veían en el techo, cónico como el de una tienda de campaña.

Un olor penetrante á drogas quemadas llegó hasta el detective, mientras en sus oídos resonaba una melodía suave y lenta. La luz del gas, baja y medio velada por una pantalla densa, contribuía á prestar al conjunto un carácter que invitaba al sueño.

Antes de sentarse, Nick fué anotando en su imaginación, de una ojeada, todos los detalles de la pieza, hasta los más insignificantes. Sobre la alfombra roja, aparecía una señal en forma de cuadrilátero, que partía del pie de una pesada otomana, demostrando que este mueble era

—¿Sabe usted, al menos, dónde se encontraban los indios en el mismo día? —siguió preguntando el detective.

—Conozco su residencia, pero no puedo decir dónde pasaron aquella tarde.

—¿Les ve usted á menudo?

—No; ahora están enfadados conmigo.

—¿Por qué razón?

—Por haberles dejado.

—Es natural.

—Sus trabajos no valían nada; y, además, uno de ellos empezó á fastidiarme con sus obsequios y melosidades.

—¿Cuál de los dos?

—El llamado Bah, criado del otro, cuyo nombre es Pooh.

—¿No les oyó usted hablar del profesor Hovard ó del señor Harley?

—Nunca les entendí una palabra. Esa gerigonza india es terrible.

—¿Y el señor Harley la cortejaba á usted?

—¿De dónde ha deducido usted semejante cosa?

—Usted mismo lo ha confesado.

—Nada de eso. El señor Angel quería que yo espiase á mis compañeros y me adulaba para conseguir su propósito. A esto se redujo todo, aunque me figuro que su prometida tenía celos. Un día, en que paseábamos juntos por la playa, observé que nos vigilaba.